

triunfaréis si tenéis alientos. Respetad el dinero; no caigáis en la puerilidad de declamar contra él como los poetas jóvenes; el dinero es nuestra fuerza y nuestra dignidad; necesitamos ser libres para tener derecho á decirlo todo en voz alta; el dinero hace de nosotros los jefes intelectuales del siglo, la única aristocracia posible. Aceptad vuestra época como una de las más grandes de la humanidad; creed firmemente en el porvenir; no reputéis como consecuencias fatales la propagación del periódico ni el mercantilismo, base de la literatura. No lloréis, en fin, por un espíritu literario que se llevó ya una sociedad muerta. Un nuevo espíritu nace de la sociedad nueva, un nuevo espíritu que se fundamenta sólidamente en la verdad. Dejad libre paso al movimiento naturalista, dejad que el talento se revele. Vosotros, los que habéis nacido ahora, no luchéis contra la evolución social y literaria, porque los genios del siglo xx están entre vosotros.

PROUDHON Y COURBET

Hay libros cuyo título, enlazado con el nombre del autor, basta para dar, antes de su lectura, idea completa del alcance y de la significación de la obra.

El libro póstumo de Proudhon, *Del principio del Arte y de su misión en la sociedad*, se hallaba aquí, en mi mesa. Yo no lo había abierto: figurábame, sin embargo, conocer lo que contenía, y sucedió que, en efecto, mis previsiones se realizaron.

Proudhon es una inteligencia honrada, de extraordinaria energía, amante de lo verdadero y de lo justo. Es el nieto de Fourier; aspira al bienestar del género humano; imagina ó sueña una vasta asociación de la humanidad, asociación de la cual cada hombre será un miembro modesto y activo. Quiere, en una

palabra, que reinen la igualdad y la fraternidad; que la sociedad, en nombre de la conciencia y de la razón, se reconstituya sobre las bases del trabajo colectivo y del continuo mejoramiento. Parece cansado de nuestras luchas, de nuestras desesperaciones, de nuestras miserias; pretende obligarnos á la paz y á una existencia arreglada. El pueblo que Proudhon ve en sus sueños es un pueblo que halla su tranquilidad en el silencio del corazón y de las pasiones; ese pueblo de trabajadores solamente vive de la justicia.

En toda su obra ha trabajado Proudhon para el nacimiento de ese pueblo. De día y de noche, á todas horas, necesitaba combinar los distintos elementos humanos de un modo conducente á establecer sobre cimientos firmes la sociedad por él soñada. Quería que cada clase, cada trabajador, entrase por su parte en la obra común; él coordinaba los entendimientos, reglamentaba las facultades ganoso de no desperdiciar nada, y temeroso, al propio tiempo, de introducir alguna levadura de discordia. Paréceme verle á la puerta de su ciudad futura, examinando á cada hombre que se presenta, sondando su cuerpo y su alma, con-

traseñándolo después y dándole por nombre un número, un oficio por vida y por esperanza. El hombre no es ya más que un ínfimo peón.

Cierto día el gremio de artistas se presentó en las puertas. Cátate á Proudhon todo perplejo. ¿Qué hombres son éstos? ¿Para qué sirven? ¿En qué mil demonios podemos ocuparlos? Proudhon no se atreve á despedirlos resueltamente, porque, al cabo, él no desprecia ninguna fuerza y porque además espera que, con paciencia, algo podrá sacarse de ellos. Comienza, pues á buscar y á razonar. No quiere ver en ellos una negación de sus teorías, y acaba por hallar un sitio reducido en que colocarlos; les endilga un sermón larguísimo, en el cual les recomienda que sean buenos chicos, y les deja entrar, vacilando aún y diciendo para su capote: «Vigilaré sobre ellos, porque tienen malas caras y ojos encendidos que no me prometen nada bueno.»

Tiene V. motivo para temblar; debería V. no haberlos dejado penetrar en su ciudad modelo. Son esas gentes muy extrañas, que no creen en la igualdad; que han dado en la manía ridícula de tener corazón, y que, á las

veces, extreman su maldad hasta el punto de ser hombres de genio. Van á perturbar ese pueblo de V.; á desordenar las ideas comunistas; á rehusar resueltamente pertenecer á V., para no pertenecer más que á ellos mismos. Suelen nombrar á V. el terrible lógico; figúraseme que esa lógica estaba durmiendo el día en que V. cometió la falta irreparable de admitir pintores entre sus legisladores y sus zapateros. Es V. poco aficionado á los artistas; toda personalidad desagrada á V.; V. aspira al aplanamiento del individuo para ensanchar los caminos de la humanidad. Corriente; pues sea V. sincero, y mate al artista. El mundo de V. quedará así más tranquilo. Comprendo perfectamente la idea de Proudhon, y hasta si se quiere, me adhiero á ella. Desea el bien de todos; lo anhela en nombre de la verdad y del derecho, y no tiene para qué mirar si al dirigirse hacia su objetivo aplasta á varias víctimas. Consiento en ser habitante de su ciudad; es indudable que me moriré de aburrimiento; pero me aburriré honrada y tranquilamente, lo cual es una compensación. Lo que no puedo soportar, lo que me irrita, es que obligue á vivir en esa ciudad dormida á hom-

bres que rehusan enérgicamente la paz y el aniquilamiento que él les ofrece. ¡Es tan sencillo y tan hacedero no recibirlos y lograr que desaparezcan! Pero, por amor de Dios, no les dé V. á viva fuerza lección; sobre todo, no se divierta V. en fabricarlos con otro barro que el empleado por Dios para hacerlos, por sólo el gusto de crearlos, por segunda vez, tales cuales V. los quiere. Todo el libro de Proudhon está aquí. Es una segunda creación, un asesinato y un parto. Proudhon acepta en su ciudad al artista; pero al artista imaginado por él, al artista de que ha menester, y que ha creado tranquilamente y sólo en teoría. Su libro está vigorosamente pensado, y tiene una lógica abrumadora; pero todas las definiciones, todos los axiomas son falsos. Es un error gigantesco deducido con una fuerza de razonamiento, que no debería nunca ser puesta al servicio de lo que no fuese la verdad.

Su definición del *Arte*, hábilmente trazada y más hábilmente explotada, es la siguiente: « *Una representación idealista de la naturaleza y de nosotros mismos que se endereza al perfeccionamiento físico y moral de nuestra especie.* » Esta definición es, sin duda, la del hom-

bre práctico del que yo hablaba hace poco, del hombre que pretende que nos comamos las rosas en ensalada. Sería insustancial en manos de cualquiera. Proudhon no gasta bromas cuando se trata del perfeccionamiento físico y moral de nuestra especie. Utiliza esa definición para negar lo pasado y para fantasear un futuro horrible. El arte perfecciona lo conocido; pero perfecciona á su manera, regocijando el espíritu, no predicando ni dirigiéndose á la razón.

Por otra parte, esa definición me produce alguna inquietud. Viene á ser el resumen muy inocente de una doctrina peligrosa en otro concepto. No puedo admitirla solamente por el desenvolvimiento que le da Proudhon; en sí misma, paréceme la obra de un hombre de bien que juzga el arte como se juzga la gimnasia ó el estudio de las raíces griegas.

Proudhon asienta, en tesis general, lo siguiente: yo público, yo humanidad, tengo derecho á guiar al artista y á exigirle lo que me agrade; el artista no debe ser él, debo ser yo, debe pensar como yo pienso, debe trabajar para mí solamente. El artista, por sí mismo, no es nada; lo es todo por el linaje huma-

no y para el linaje humano. En resumen: el sentimiento individual, la libre expresión de una personalidad, quedan prohibidos. Es menester que el artista se limite á ser el intérprete del gusto general, á trabajar solamente en nombre de la colectividad, para agradar á todos. El arte llega á la perfección cuando el artista se anula, cuando la obra no lleva su nombre, cuando esa labor artística es el producto de una época entera, de una nación, como la estatuaria egipcia ó como la arquitectura de nuestras catedrales góticas.

Yo, á mi vez, asiento, en principio, que la obra artística sólo existe por su originalidad. Es necesario que en cada obra encuentre yo un hombre, ó la obra me deja completamente frío. Sacrifico resuelta y francamente la humanidad al artista. Si yo hubiera de definir una obra de arte, mi definición sería la siguiente: *Una obra de arte es un pedazo de la creación, visto á través de un temperamento.* Lo demás, ¿qué me importa? Soy artista, y os doy mi carne y mi sangre, mi corazón y mi pensamiento. Me pongo completamente desnudo en presencia vuestra; bueno ó malo, me entrego á vosotros. Si aspiráis á ser instruidos,

contempladme, aplaudid ó silbad; sea mi ejemplo un estímulo ó una advertencia. ¿Qué más queréis pedirme? No puedo daros otra cosa, pues me doy todo entero, con mis violencias ó con mis dulzuras, tal cual Dios me hizo. Sería ciertamente ridículo que Proudhon, el apóstol de la verdad, viniese á transformarme en otro, á obligarme á mentir. Es evidente que V. no ha comprendido que el arte es la manifestación libre de un corazón y de una inteligencia, y que resulta tanto más grande cuanto es más personal. Si existe el arte de las naciones, la expresión de las épocas, existe también la manifestación de las individualidades, el arte de las almas. Un pueblo ha podido crear arquitecturas; pero me siento infinitamente más emocionado ante un cuadro, ó con un poema, obras individuales en que me veo yo mismo, con todas mis alegrías y con todas mis tristezas. No niego, por lo demás, la influencia que en el artista pueden ejercer el medio ambiente y el momento histórico; pero no tengo para qué curarme de esas cosas. Acepto al artista tal cual llega hasta mí.

Dice V., dirigiéndose á Eugenio Delacroix: «Me importan muy poco las impresiones per-

sonales de V... No son las ideas de V., ni su ideal propio, los que han de labrar en mi alma al pasar por mis ojos; son las ideas y el ideal que hay dentro de mí, que es precisamente lo contrario de lo que V. se precia de realizar. De suerte que todo el talento de V. debe concretarse á producir en nosotros impresiones, movimientos y propósitos que redunden, no en pro de la gloria ó del medro de V., sino en beneficio de la felicidad general y del mejoramiento de la especie». Y en la conclusión escribe V.: «Por lo que respecta á nosotros, socialistas revolucionarios, decimos á los artistas, lo mismo que á los literatos: nuestros ideales son la verdad y el derecho: si con esto nos sabéis realizar el arte, ni tener estilo, ¡atrás!; para nada os necesitamos. Si estáis al servicio de los corrompidos, de los ricos, de los haraganes, ¡atrás!; no queremos vuestras artes. Si la aristocracia, el pontificado ó la majestad real os son indispensables, ¡atrás!; siempre atrás! Proscribimos vuestro arte y vuestras personas.» Por mi parte, me creo autorizado para contestar á V. en nombre de los artistas y de los literatos, de los que sienten latir su corazón y elevarse su pensamiento: «Nuestros

ideales, los ideales que poseemos, son nuestros amores y nuestras emociones, nuestras sonrisas y nuestras lágrimas. Si vosotros no necesitáis de nosotros para nada, nosotros nos hallamos perfectamente sin vosotros. Vuestro comunismo y vuestra igualdad nos descorazonan. Tenemos estilo, y realizamos el arte con nuestra carne y con nuestra alma; amamos la vida, y os damos cada día un poco de nuestra existencia. No estamos al servicio de nadie, y nos negamos á entrar al vuestro. Ni engrandecemos á nadie, ni obedecemos más que á nuestra naturaleza. Somos buenos ó malos, y os dejamos en libertad completa de escucharnos ó de taparos los oídos. Aseguráis que proscribís nuestras obras y á nosotros. Intentadlo, y sentiréis dentro de vosotros un vacío tan grande, que lloraréis de amargura y de vergüenza.»

Somos fuertes, y Proudhon lo sabe. Su cólera no sería tan grande si pudiese aplastarnos y dejar sitio despejado para realizar sus humanitarios ensueños. Le molestamos con todo el poder que tenemos sobre la carne y sobre el alma. Se nos quiere; nosotros llenamos los corazones, nos apoderamos de la hu-

manidad por todas las facultades que en ella aman, por sus esperanzas y por sus recuerdos. Tanto como nos aborrece, como su orgullo de filósofo y pensador se irrita viendo que la maldumbre le vuelve la espalda y cae á nuestros piés. Proudhon la llama, nos rebaja, nos clasifica, y nos señala un sitio, allá en el extremo del banquete socialista. Tomemos asiento, amigos, y turbemos el banquete. Sólo necesitamos hablar, sólo necesitamos coger el pincel, y como nuestras obras son conmovedoras, la humanidad derrama lágrimas y olvida la justicia y el derecho para no ser sino carne y corazón.

Si me preguntáis qué es lo que yo, artista, he venido á hacer en el mundo, os responderé: «Vengo á vivir en las alturas».

Ahora se comprende lo que debe de ser el libro de Proudhon. Examina los distintos períodos de la historia del Arte, y su sistema, que Proudhon aplica como una brutalidad ciega, le hace prorrumpir en las blasfemias más extrañas. Estudia sucesivamente el arte egipcio, el arte griego y el romano, el arte cristiano y el Renacimiento, el arte contemporáneo: todas estas manifestaciones del pen-

samiento humano le disgustan; pero aparece siempre en el autor una visible preferencia por las obras ó la escuela en que el artista desaparece y se llama legión. El arte egipcio, ese arte hierático, generalizado, que se reduce á un tipo y á una actitud; el arte griego, esa idealización de la forma, ese *cliché* puro y correcto, esa belleza divina ó impersonal; el arte cristiano, esas figuras demacradas y pálidas que pueblan nuestras catedrales y que parecen todas obras del mismo artifice: tales son los períodos artísticos que hallan gracia ante Proudhon, porque en ellos las obras parecen como si fuesen producidas por las multitudes.

En lo que respecta al Renacimiento y á nuestra época, ya sólo ve decadencia y anarquía. Y es claro, porque es intolerable que haya personas que se permitan tener talento sin consultar á la humanidad, que existan ó hayan existido los Miguel Angel, los Tizianos, los Veronés, los Delacroix, que se atrevieron á pensar por sí mismos y no por conducto de sus contemporáneos; de expresar lo que ellos tenían en su alma, y no lo que tenían en las suyas los imbéciles de su tiempo. Que Proudhon

arrastre por el lodo á Leopoldo Robert y Horacio Vernet, me es casi indiferente. Pero que sienta admiración por el *Marat*, ó por el *Juramento en el Juego de pelota*, de David, por razones de demócrata ó de filósofo, ó que destruya los lienzos de Eugenio Delacroix en nombre de la moral y de la razón, son cosas que no pueden tolerarse. Por todo lo del mundo no querría yo ser elogiado por Proudhon; se elogia á sí mismo cuando elogia á un artista, y se deleita con ideas y con asuntos que el último peón de albañil podría hallar y desenvolver.

Duéleme todavía el viaje que con él he llevado á cabo á través de los siglos. Como yo no admito en el arte más que la vida y la personalidad, claro que no soy aficionado á los egipcios, ni á los griegos, ni á los artistas del ascetismo. Me entusiasma, por el contrario, la libre manifestación de los pensamientos individuales—eso que Proudhon llama la anarquía;—me gustan el Renacimiento y nuestra época, estas luchas entre artistas, esos hombres que vienen todos á pronunciar una palabra todavía desconocida ayer. Si la obra no tiene sangre y nervios, si no existe en ella la

expresión entera y conmovedora de una criatura, rechazo la obra, aunque sea la Venus de Milo. En una palabra: yo soy diametralmente opuesto á Proudhon; éste quiere que el arte sea la obra de la nación; yo exijo que sea la obra del individuo. Por lo demás, Proudhon es sincero. «¿Qué es un grande hombre? (pregunta.) ¿Hay grandes hombres? ¿Puede admitirse en los principios de la Revolución francesa, y en una República fundada sobre el derecho del hombre, que haya grandes hombres?» Estas palabras, por muy ridículas que parezcan, son graves. V. que sueña con libertad, ¿no quisiera dejarnos la libertad de la inteligencia? Proudhon dice después en una nota: «Diez mil ciudadanos que han aprendido el dibujo, forman una potencia de colectividad artística, una fuerza de ideas, una energía de ideal muy superior á la de un individuo, y que, al hallar un día su expresión, sobrepujará la obra maestra.» Por esto, á juicio de Proudhon, la Edad Media vale más en asuntos de arte que el Renacimiento. Al no existir grandes hombres, el grande hombre es la multitud. Confieso á Vds. que ya no sé lo que se pretende de mí, artista, y que prefiero mil ve-

ces coser zapatos. Por último, el publicista, fatigado de divagar, expone todo su pensamiento. Para ello exclama: «¡Pluguiera á Dios que Lutero hubiese exterminado los Rafael, los Miguel-Angel y todos sus émulos, todos esos decoradores de palacios y de iglesias!» Fuera de esto, la confesión es mas completa todavía cuando Proudhon dice: «El arte en nada puede contribuir directamente á nuestro progreso; la tendencia es á prescindir de él en absoluto». Pues bien: me agrada más esto; prescindan Vds. del Arte, y no se hable más del asunto. Pero no nos venga V. luego declamando orgulosamente: «Llego á colocar los cimientos de una crítica de arte racional y seria», cuando anda V. en el error más grosero.

Creo que Proudhon no habría tenido derecho á penetrar en la ciudad-modelo, ni á sentarse en el banquete socialista. Habríasele expulsado sin compasión. ¿No era el un grande hombre? ¿No era una vigorosa inteligencia, personalísima en grado sumo? Todo su aborrecimiento á la individualidad cae sobre él y le condena. Proudhon habría venido entonces á buscarnos, á nosotros, á los artistas, á los pros-

criptos, y nosotros acaso hubiésemos podido consolarle admirándole, al pobre hombre grande, soberbio, que habla de modestia.

II

Proudhon, después de pisotear lo pasado, sueña un porvenir, una escuela artística para su ciudad futura. Convierte á Courbet en revelador de esa escuela, y lanza la piedra del oso á la cabeza del maestro.

Ante todo, quiero declarar ingenuamente que deploro ver á Courbet mezclado en este asunto. Habría yo celebrado que Proudhon hubiese escogido para ejemplo otro artista; cualquier pintor sin talento alguno. Aseguro que el publicista, con su carencia absoluta de sentido artístico, hubiera podido elegir con el mismo desembarazo, al más ínfimo amasador de yeso, al ganapán estúpido que trabaja en pro del mejoramiento de la especie. Proudhon

quiere un moralista en pintura, y, á lo que parece, le importa muy poco que este moralista moralice con un pincel ó con una escoba. Habríame sido lícito en ese caso, después de haber rechazado la escuela del porvenir, rechazar del mismo modo al jefe de la escuela. No puedo hacerlo. Es menester que yo distinga entre las ideas de Proudhon y el artista á quien Proudhon aplica esas ideas. Por otra parte, el filósofo ha disfrazado de tal modo á Courbet, que me bastará, para no contradecirme admirando á Courbet, declarar en alta voz que me inclino, no ante el Courbet humanitario de Proudhon, sino ante el maestro vigoroso que nos ha dado algunas páginas llenas de grandeza y de verdad.

El Courbet de Proudhon es un hombre singular, que utiliza el pincel como un dómine de pueblo utiliza su palmeta. El menor de sus lienzos, á lo que parece, está preñado de ironías y de enseñanzas. El tal Courbet, siempre el de Proudhon, desde las alturas de su cátedra, nos mira, nos penetra hasta el corazón, pone al desnudo nuestros vicios; después, integrando nuestras fealdades, nos pinta en nuestra verdad para hacernos enrojecer de

vergüenza. ¿No se sienten Vds. movidos á postrarse de hinojos, á darse golpes de pecho y á pedir misericordia? Posible es que el Courbet de carne y hueso semeje en algunos rasgos á este Courbet del publicista; discípulos demasiado entusiastas y averiguadores de lo futuro han podido extraviar al maestro; por otra parte, existe siempre en los hombres de gran entereza espiritual algo de extravagancia y de ceguedad rara; pero confiesen ustedes que si Courbet predica, predica en desierto, y que si merece nuestra admiración, la merece solamente por la manera enérgica con que se ha apoderado de la naturaleza y después la ha reproducido.

Deseo ser justo, y sentiría dejarme tentar por una broma verdaderamente fácil. Concedo que algunos lienzos del pintor pueden parecer satíricamente intencionados. El artista suele pintar escenas ordinarias de la vida, y por eso nos hace, si se quiere, pensar en nosotros mismos y en las cosas de nuestro tiempo. Esto no es sino el natural resultado de su talento, que se ve arrastrado á buscar la verdad y á expresarla. Pero querer que consista todo su mérito en el hecho sólo de haber tratado

asuntos contemporáneos, es dar una idea muy extraña del arte á los principiantes á quienes se trata de educar para la bienandanza del género humano.

Quieren Vds. que la pintura sea útil y coopere al perfeccionamiento de la humanidad. Admito que Courbet perfeccione; pero yo me pregunto entonces: ¿en qué proporción y con qué eficacia perfecciona? Francamente: podría él amontonar cuadros sobre cuadros; podrían Vds. llenar el mundo de lienzos suyos y lienzos de sus discípulos, y la humanidad continuaría siendo, dentro de diez años, tan viciosa como es ahora. Mil años de pintura, de pintura hecha á gusto de Vds., no equivaldrían á uno de esos pensamientos que la pluma escribe con claridad y que la inteligencia recuerda siempre, tales como: «*Conócete á ti mismo, Amaos los unos á los otros*», etc... ¡Cómo! ¡Poseen Vds. la escritura, poseen la palabra, pueden decir todo lo que quieran, y acuden al arte de las líneas y de los colores para enseñar y para instruir! ¡Oh, por compasión! Acuérdense Vds. de que nosotros no somos sólo entendimiento. Si son Vds. prácticos, dejen al filósofo el derecho á darnos lec-

ciones, dejen al pintor el derecho á emocionarnos. No creo que deben Vds. exigir del artista que enseñe, y de todos modos, niego terminantemente la influencia de un cuadro sobre las costumbres de las masas.

Mi Courbet, el Courbet que yo admiro, es una personalidad. El pintor comenzó imitando la Escuela flamenca y á ciertos maestros del Renacimiento; pero su naturaleza protestaba; sentíase arrastrado el artista por toda su carne—por toda su carne, óiganlo Vds.—hacia el mundo material que le rodeaba, las mujeres gruesas y los hombres fuertes, las campiñas feraces y los montes fecundos. Grande y vigoroso, sentía el áspero deseo de estrechar entre sus brazos la naturaleza verdad; quería pintar la carne y el estiércol.

Entonces apareció el pintor que ahora quieren darnos como un moralista. Proudhon mismo lo ha dicho: los pintores suelen no saber con exactitud lo que valen y por qué valen. Si Courbet, de quien he oído decir que es orgulloso, funda ese orgullo en las lecciones que cree darnos, estoy por enviarle á la escuela. Téngalo entendido: él no es sino un infeliz grande hombre muy ignorante, que ha dicho

menos en veinte lienzos que *La Cortesía infantil* en dos páginas. Courbet no tiene sino el genio de la verdad y del vigor; que se dé por contento con su parte.

La generación nueva, me refiero á los jóvenes de veinte á veinticinco años, apenas conoce á Courbet, porque sus últimos cuadros han sido muy inferiores. He tenido ocasión de ver, en la calle de Haute Feuille, en el taller de un maestro, algunos de los primeros que pintó Courbet. He admirado sinceramente; no he hallado ni el más insignificante motivo para reír en esos cuadros graves, enérgicos, de los que me habían hecho suponer cosas monstruosas. Esperaba yo algo de caricaturesco, una fantasía extraviada ó grotesca, y me encontraba ante un pintor admirable, de gran elevación, y de una finura y una franqueza extremadas. Los tipos eran verdaderos sin ser vulgares; las carnes, firmes ó suavísimas, vivían su verdadera vida; los fondos se llenaban de aire, y daban á las figuras un vigor prodigioso. El colorido, tal vez un poco sordo, tiene una armonía casi dulce, mientras que la precisión de los tonos, la amplitud de ejecución determina los planos, y contri-

buyen á que cada detalle adquiriera relieve extraordinario. Cerrando ahora mismo los ojos, torno á ver aquellos enérgicos lienzos, de una sola pieza, hechos á cal y canto, reales hasta la vida y bellos hasta la verdad. Courbet es el único pintor de nuestra época; pertenece á la familia de los pintores de carnes; tiene por hermanos, quiéralo él ó no lo quiera, al Veronés, á Rembrandt y al Tiziano.

Proudhon ha visto, como yo los ví, los cuadros á que me refiero; pero él los ha visto de otro modo; prescindiendo de *las hechuras*, desde el punto de vista del pensamiento puro. Un lienzo es para Proudhon un asunto; pintadlo en rojo ó en verde, ¿qué le importa eso? El cuadro le dice lo mismo: él no entiende nada en pintura, y razona tranquilamente sobre las ideas. Proudhon comenta; obliga al cuadro á que signifique tal ó cual cosa; de la forma, ni una palabra.

Por este camino llega hasta la payasada. El nuevo crítico de arte, el que se vanagloria de poner las bases de una ciencia nueva, formula sus juicios del modo siguiente: «*El regreso de la feria*, de Courbet, es la Francia rural, con su humor indeciso y su espíritu positivis-

ta, su lengua sencilla, sus pasiones dulces, su estilo sin énfasis, su pensamiento más cerca de la tierra que de las nubes, sus costumbres igualmente apartadas de la demagogia que de la democracia, su preferencia decidida por las maneras comunes, alejada de toda exaltación idealista, feliz bajo una autoridad templada, en ese justo medio tan querido por las gentes honradas, que, ¡ay!, las engaña constantemente.» «*La Bañista* es una sátira contra la clase media. Sí, hela ahí; ahí está la clase media gordinflona y adinerada, desfigurada por la gordura y por el lujo; esa clase en la cual la molicie y la masa ahogan los ideales y predestinada á morir de holgazanería, cuando no por exceso de grasa; hela ahí tal cual su necedad, su egoismo y su cocina nos la presentan.» «*Las Señoritas del Sena* y los *Picapedreros* sirven para establecer un maravilloso paralelo: esas dos mujeres viven en medio del bienestar..., son verdaderas artistas. Pero el orgullo, el adulterio, el divorcio y el suicidio, sustituyendo á los amores, revolotean en torno suyo y las acompañan, las llevan en sus alas; por eso al fin parecen horribles: los *Picapedreros*, por el contrario,

están gritando con sus harapos venganza contra el arte y contra la sociedad; en el fondo son inofensivos, y sus almas están sanas.» Y Proudhon examina de esta manera cada lienzo, explicándolos todos y prestándoles un sentido político, religioso ó de sencilla policía de costumbres.

Los derechos del comentarista son amplios, lo sé; es permitido á todo espíritu decir lo que él siente á la vista de una obra de arte. Hasta hay observaciones atinadas y justas en lo que Proudhon piensa acerca de los cuadros de Courbet. Pero Proudhon es siempre el filósofo, y no quiere sentir como artista. Lo repito: solamente del asunto se cuida; lo discute, lo acaricia, se extasía ó se rebela. En absoluto considerado, nada malo hallo en esto; pero las admiraciones, los comentarios de Proudhon llegan á ser peligrosos cuando los sintetiza en una regla y pretende convertirlos en leyes del arte soñado por él. No ve Proudhon que Courbet existe por él mismo, no por los asuntos que ha escogido para sus obras; el artista habría pintado con el mismo pincel, romanos ó griegos, á Venus ó á Júpiter, y habría llegado á la altura misma en que se halla. El asun-

to ó las personas del cuadro son pretextos; el genio consiste en presentar ese objeto ó esas personas con más verdad ó con más grandeza. Por lo que á mí respecta, no es el árbol, ni es el rostro, ni la escena que eso representa lo que me conmueve: me conmueve el hombre que encuentro en la obra, la individualidad poderosa que ha sabido crear al lado del mundo de Dios ese mundo personal que mis ojos no podrán olvidar nunca y reconocerán por donde quiera.

Soy admirador de Courbet de un modo absoluto; Proudhon lo es de un modo relativo. Sacrificando el artista á la obra, parece creer que puede reemplazarse fácilmente un maestro semejante, y expone sus teorías con tranquilidad, convencido de que le bastará hablar para que la ciudad de sus sueños se pueble de maestros eminentes. Lo ridículo es que ha tomado á una individualidad por un sentimiento general. Morirá Courbet, y nacerán otros artistas que no se le parecerán en nada. El talento no se enseña: él crece en la dirección que le agrada. No creo que el pintor de Ornano crease escuela; de todas suertes, una escuela nada probaría. Puede afirmarse con

toda certeza que el gran pintor de mañana no imitará á nadie directamente, porque si imitase á alguno, si no aportase ninguna personalidad propia, no sería gran pintor. Consúltese la historia del arte.

Aconsejo á los socialistas demócratas — los cuales, según parece, desean educar artistas para su uso particular — que contraten á varios centenares de obreros y que les enseñen el arte como se enseñan, en el colegio, el latín y el griego. Así tendrán, transcurrido que hayan cinco ó seis años, gentes que les harán con limpieza cuadros concebidos y ejecutados según su gusto y muy parecidos unos á otros, lo cual será testimonio de una conmovedora fraternidad y de una igualdad laudable. Entonces la pintura contribuirá en gran parte al perfeccionamiento de la especie. Pero que los socialistas demócratas no funden esperanza alguna sobre los artistas de genio libre y educados fuera de su reducida iglesia. Podrán hallar uno que les convenga ó poco menos; pero esperarán mil años antes de haber á las manos otro artista semejante al primero. Los obreros que hacemos nosotros, nos obedecen y trabajan á nuestro capricho; pero los obreros

que hace Dios, solamente á Dios obedecen, y trabajan á capricho de su carne y de su inteligencia.

Comprendo que Proudhon celebraría atraerme hacia él, y que yo me alegraría de atraerle hacia mí. Pero no somos del mismo mundo; blasfemamos el uno para el otro. El desea hacer de mí un ciudadano; yo deseo hacer de él un artista. En esto finca el pleito. Su *arte nacional*, el realismo de su propiedad exclusiva, no son, para decir la verdad, sino una negación del arte, una insustancial ilustración de lugares comunes de la filosofía. Mi arte, por el contrario, el arte en que yo creo, es una negación de la sociedad, una afirmación del individuo fuera de todas las reglas y de todas las necesidades sociales. Comprendo perfectamente el embarazo que le produzco no aceptando una ocupación en su ciudad humanitaria; me pongo aparte, me engrandezco sobre los demás, menosprecio su justicia y sus leyes. Procediendo así, sé que mi corazón obra bien, que obedezco á mi naturaleza, y creo que mi obra será bella. Quédame un temor sólo: consiento en ser inútil; pero no quiero ser perjudicial á mis hermanos. Cuan-

do me pregunto á mí mismo, veo que, por el contrario, ellos me dan las gracias, y que yo les consuelo muy á menudo de las durezas de algunos filósofos. Averiguado esto, desde ahora dormiré tranquilo.

Proudhon nos echa en cara á los novelistas y á los poetas, que vivimos aislados, indiferentes, sin inquietarnos por el progreso.

Haré observar á Proudhon, que nuestros pensamientos son absolutos, en tanto que los suyos sólo pueden ser relativos. El trabaja como hombre práctico para el bienestar de la humanidad; no intenta la perfección, busca el mejor estado posible, y realiza después todos sus esfuerzos para mejorar, poco á poco, ese estado. Nosotros, por el contrario, llegamos de un salto á la perfección; en nuestro ensueño alcanzamos el ideal. Dado esto, comprendese el escaso interés que nos inspira la tierra. Nos hallamos allá en las alturas del cielo, y ya no bajamos. Así se explica el hecho de que todos los desgraciados de este mundo nos tiendan los brazos y se lancen hacia nosotros, apartándose de los moralistas.

No tengo para qué resumir ya el libro de Proudhon. Es la obra de un hombre, de todo

en todo incompetente, y que, so capa de juzgar el Arte desde el punto de vista de su misión social, le abrumba con sus enconos de hombre positivista; afirma que no quiere hablar sino de la idea pura, y su silencio acerca de lo demás, acerca del Arte mismo, es de tal manera desdeñoso, su odio á la personalidad es de tal modo exagerado, que habría procedido mejor titulando su libro: *De la muerte del arte y de su inutilidad en la sociedad*. Courbet, que es un artista eminentemente personal, no tiene mucho que agradecerle por el nombramiento de jefe de los pintamonas, curiositos y morales, que deben embadurnar colectivamente las paredes de su futura ciudad humanitaria.

FIN